

Bibliografía

CONFUSIONES EN LA TEORÍA DEL IMPERIALISMO

Giovanni Arrighi, *La geometría del imperialismo*, Siglo XXI Editores, México, 1978, 181 páginas.

El trabajo de Giovanni Arrighi nos deja la idea, firmemente arraigada, de no haber cumplido el objetivo que su autor se planteó. Al contrario de su pretendida finalidad, “superar el estancamiento y la confusión terminológica que aqueja en la etapa actual a la teoría del imperialismo”, es muy probable que este ensayo aumente aún más, si esto es posible, la confusión y el desacuerdo reinantes en las discusiones sobre tal teoría.

No obstante, en abono del autor debe reconocerse que se ha aventurado por un camino inexplorado y que, tal y como él mismo lo señala, ello puede ser provechoso en sí mismo, pues no hay que olvidar que la mayoría de los descubrimientos provienen del error.

En una extensa introducción, Arrighi intenta descifrar el significado de la famosa definición de Lenin, “el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo”, señalando que esta definición puede interpretarse bien como un enunciado de hecho o bien como un postulado de identidad. En el primer caso, imperialismo y fase monopolista del capitalismo serían términos que se refieren a conjuntos distintos de fenómenos y que en la definición se relacionan entre sí sin identificarse el uno con el otro. En cambio, si la definición se interpreta como un postulado de identidad, “imperialismo” y “fase monopolista” designan el mismo conjunto de fenómenos.

La confusión actual en la teoría deviene de que la obra de Lenin permite las dos interpretaciones, aunque generalmente la definición ha sido tomada como un postulado de identidad. Arrighi cuestiona esta interpretación y nos señala diversos argumentos del mismo Lenin que dan pie a considerarla como un enunciado de hecho. Así, nos muestra diversas partes del texto de Lenin en las cuales “imperialismo” y “capitalismo” son claramente manejados como dos conceptos diferentes.

Para fortalecer esta idea, Arrighi analiza el objetivo de Lenin al escribir *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Señala que tal objetivo era el desmantelamiento de las tesis de Kautsky sobre el “ultraimperialismo”, esto es, la

posibilidad teórica y práctica de un retorno a un capitalismo relativamente pacífico.

En el fondo del discurso de Lenin, señala Arrighi, está el problema de la estabilidad de la tendencia a la guerra entre países capitalistas rivales. Lenin sostiene en su escrito que esa tendencia se ha convertido en una característica permanente y definitiva del sistema capitalista mundial y a ella se refería cuando utilizaba el término imperialismo relacionándolo con el de “capital monopolista”. De esta manera, el imperialismo (o la tendencia a la guerra entre países capitalistas) es una consecuencia necesaria de la transformación del capitalismo industrial en monopolista financiero.

Esta concepción de Lenin se sintetiza en el párrafo final de su prefacio a *La economía mundial y el imperialismo* de Bujarin, en el que dice:

“No hay duda de que el desarrollo marcha en dirección a un único *trust* mundial, que derivará todas las empresas y todos los estados sin excepción. Pero por otra parte, el desarrollo marcha en tales circunstancias, con tal ritmo, con tales contradicciones, conflictos y conmociones —no sólo económicas sino también políticas, nacionales, etc., etc.— que inexorablemente, antes de que se llegue a un único *trust* mundial, a la unión mundial ‘ultraimperialista’ de los capitales financieros nacionales, será inevitable que estalle el imperialismo y el capitalismo se convierta en su contrario.”

Esta “teoría del imperialismo”, señala el autor, estuvo extremadamente apegada a la realidad durante las tres décadas que siguieron a su formulación, mientras que para las tres posteriores a la segunda guerra mundial ha sido totalmente irrelevante.

Los acontecimientos a partir de la segunda posguerra significan anomalías macroscópicas con respecto a la ya esbozada concepción de Lenin sobre el imperialismo. Ante ellas, la reacción de los teóricos marxistas, antes aún que abandonar dicha concepción y su correspondiente definición, ha sido la de tomar esta última como un postulado de identidad, abandonando su interpretación como enunciado de hecho.

De esta manera, imperialismo y etapa monopolista del capitalismo se han ido convirtiendo en sinónimos y ampliando sus significados para poder incluir toda la variedad de fenómenos que han caracterizado el capitalismo de la posguerra.

El lenguaje de la teoría se ha tornado cada vez más ambiguo e impreciso, generando en torno a sí gran confusión y desacuerdo.

Hasta aquí, el análisis de Arrighi es impecable y brillante. La conclusión, obvia, es que no existe una teoría del imperialismo que nos aclare y explique las manifestaciones que este fenómeno ha adoptado en la actualidad; por tanto, es necesario revisar y proponer una nueva teoría.

Arrighi advierte de las dificultades a que se enfrentaría un replanteamiento de la teoría que partiese de una revisión de Lenin, ya que la subordinación de las necesidades del trabajo científico a las del trabajo político obligaron a éste a planteamientos no claros, ambiguos y vagos que permitían interpretaciones múltiples.

Para el replanteamiento o reconstrucción de la teoría del imperialismo Arrighi no vuelve a Lenin, sino a sus fuentes, a Hobson, aunque este último “no representa el objeto de la investigación sino más bien el filtro a través del que he buscado antecedentes de la teoría sobre el imperialismo a fin de ponerlos de manifiesto, precisarlos y definir sus límites”.

El método consiste en separar “algunos elementos de la multiplicidad del dato empírico [presente en la obra de Hobson] con el fin de coordinarlos dentro de un marco conceptual”. Posteriormente, para la reconstrucción de la teoría se parte de que “cada definición determinada históricamente presupone la definición de una red (o marco conceptual o estructura de tipo ideal) cuya definición se delimita, por así decirlo, mientras que todo lo demás de la estructura se descarta o queda en la penumbra”. Así “reconstruir una teoría significa precisamente hacer que emerja nuevamente lo que había quedado en la obscuridad de una determinada estructura, de tal manera que pueda señalarse el carácter relativo y condicional de lo que una determinada definición (en nuestro caso la hobsoniana) había puesto de relieve”.

Y aquí es donde empiezan las desventuras de Arrighi para exponer su reconstruida teoría del imperialismo y las nuestras para comprenderla cabalmente.

De Hobson, Arrighi toma en principio cuatro conceptos básicos con los cuales designa otras tantas formas del fenómeno expansionista. Ellos son: *imperio formal*, con el que designa el fenómeno de los estados imperiales que se situaban por encima de las nacionalidades nacientes y que al implicar la dominación física y militar de los territorios conquistados ofrecían la garantía de una cierta paz. *Colonialismo*, definido como la expansión efectiva de una nación o nacionalidad sobre territorios con baja densidad de población. *Imperialismo*, entendido como la tendencia a la expansión de los estados fuera de sus confines nacionales, fenómeno que se presentó por vez primera hacia finales del siglo XIX en la Europa Occidental y que no correspondía a ninguna expansión territorial de la nación sino a la expansión de su poder político en un territorio vecino o lejano. *Imperio informal* o internacionalismo, que significaba para Hobson un orden informal entre naciones libres e independientes capaces de reconocer la armonía de los propios intereses en el intercambio pacífico de los bienes y las ideas.

Para Hobson, el imperio formal y el colonialismo son manifestaciones expansionistas inestables que fatalmente

desembocan en el nacionalismo y lo fomentan. A su vez el nacionalismo en su desarrollo sólo cuenta con dos posibilidades: el imperialismo, “o anarquía en las relaciones entre los estados tendiente al engaño de los estados más débiles por los más fuertes en el corto plazo y a una guerra universal en el mediano”, o bien el imperio informal o internacionalismo que consiste en la libre circulación de hombres, bienes e ideas y que tiende al reforzamiento de la interdependencia y de la homogeneidad de las naciones. Estas dos últimas formas, a diferencia de las primeras, representan una forma estable de expansión de las nacionalidades.

Con los conceptos obtenidos de Hobson, Arrighi propone una representación geométrica en el plano. En este contexto, imperio formal e imperialismo, como manifestaciones de un expansionismo del Estado, se representan en los extremos izquierdo y derecho, respectivamente, de un hipotético eje horizontal. Colonialismo e imperio informal o internacionalismo, como manifestaciones de una expansión de la nacionalidad, se representan en los extremos superior e inferior, respectivamente, de un hipotético eje vertical. En esta representación gráfica, el nacionalismo se ubica en el cruce de los ejes (origen) y otorga una direccionalidad a éstos. El colonialismo, ubicado en la parte superior del eje vertical, y el imperio formal, en el extremo izquierdo del eje horizontal, se desplazan hacia el origen, el Estado-nación. Este último sólo puede moverse hacia la derecha sobre el eje horizontal, es decir, hacia el imperialismo, o hacia abajo sobre el eje vertical, esto es, hacia el internacionalismo o imperio informal.

Sin embargo, esta ingeniosa representación geométrica falla totalmente al aplicarse a la realidad. Ello obliga al autor a “estirar” su esquema para que abarque y comprenda, además de las formas de expansión enunciadas, todas aquellas formas específicas que el fenómeno expansionista toma en la realidad. De esta manera, los ejes antes rectos se curvan y su dirección se invierte formando en el plano figuras caprichosas que supuestamente corresponden a manifestaciones concretas de la expansión de algún Estado o alguna nación.

La sola revisión de la historia de la dominación inglesa rebasa de tal manera el esquema que es necesario admitir que el expansionismo inglés se ha valido de todas las formas definidas: imperialismo, internacionalismo, colonialismo e imperio formal. También se tiene que aceptar que dichas formas de dominación coexistieron en diferentes ámbitos al mismo tiempo, lo que obliga a representar gráficamente tal circunstancia con un círculo que toca los cuatro extremos de los ejes del plano.

Empero, todavía el enfrentamiento con la realidad conduce a Arrighi a tomar un punto de referencia en el espacio que le da una nueva dimensión al esquema y, así, las posibilidades de representaciones geométricas en un ámbito de tres dimensiones se multiplican *ad infinitum* y permiten, supuestamente, abarcar la compleja realidad del fenómeno expansionista. El problema es que a estas alturas la proposición de Arrighi se ha vuelto tan complicada y artificiosa que sinceramente preferiríamos lidiar con la ambigüedad del lenguaje de los teóricos marxistas tradicionales del imperialismo.

El problema general ha sido bien planteado: no existe una teoría del imperialismo que explique las características específicas que este fenómeno ha adoptado después de la segunda guerra mundial. Sin embargo, la propuesta es débil y, después del árido ensayo de Arrighi, seguimos sin una teoría sustitutiva que nos permita comprender el imperialismo en su etapa actual. *Régulo Cantú E.*

DOS PENSAMIENTOS VIGENTES: GOETHE Y BUJARIN

Nicolái Bujarin, *Discurso sobre Goethe*, Cuadernos de Causa, núm. 13, Ediciones del Centro de Documentación Política, A.C., México, 1979, 72 páginas.

Hace algún tiempo, el Centro arriba citado inició la publicación de la serie Cuadernos de Causa (escritos con causa de ser, que se consideran fundamento u origen de algo), interesante y bien presentada colección que hasta la fecha cuenta con 14 títulos. Elegimos el número 13, el *Discurso sobre Goethe* de Nicolái Bujarin, por tratarse de un trabajo poco difundido, cuyo interés aumenta con el tiempo en virtud de las tesis que sostiene el autor tanto respecto al genio de Weimar como en relación con la libertad que requiere la creación artística.

Los adalides de las posturas reaccionarias siempre han intentado hermanar, en alguna forma, la figura de Goethe con las de Schopenhauer y Nietzsche. Asimismo, se inclinan a aceptar tan sólo un aspecto del dualismo que impregna la personalidad del genio de Weimar, ese dualismo que se advierte tanto en su obra como en su persona, con el fin de arrebatarlo de todo aquello que no se identifica con el irracionalismo alemán y se relaciona con el progreso y la revolución; ese dualismo, en fin, que el propio Goethe jamás quiso depositar en un solo personaje, puesto que era tanto Fausto como Mefistófeles, Guillermo Meister como Lotario, la pequeña Mignon como el zorro Reinecke.

De acuerdo con esos dos caracteres opuestos en su misma persona, Goethe declaró a Eckermann, durante una de sus acostumbradas conversaciones, que no puede ser amigo de la Revolución francesa porque siente demasiado próximos sus horrores, para añadir, en seguida, que ninguna gran revolución se produce a causa de los errores del pueblo sino por culpa del gobierno, y rechaza se le califique como amigo del orden establecido, puesto que en dicho orden impera lo malo, lo injusto y lo imperfecto.

Por otra parte, en Goethe se advierte una evolución semejante a la que ocurre en la atrasada y miserable Alemania de su época. Georg Luckács (*Goethe y su época*, Ed. Grijalbo, Barcelona-México, 1968) demuestra cómo a partir de *Los sufrimientos del joven Werther*, aunque el también joven Goethe no era un revolucionario, su obra se sitúa entre aquellas que representan la culminación revolucionaria del movimiento ilustrado europeo, algo así como el acondicionamiento ideológico de la gran Revolución francesa.

Al joven Werther no lo conduce al suicidio tan sólo la decepción amorosa, sino que con ese acto se enfrenta a una

burguesía filisteá, al absolutismo de los múltiples principados semif feudales y a una ética que hacía del hombre un monigote, un autómatas incapaz de expandir todas las manifestaciones de su personalidad.

Conforme avanza en la vida y en su obra, Goethe afirma cada vez más esas facetas progresistas y revolucionarias, aunque en su existencia cotidiana fuera en aumento también el gusto por la buena mesa, los lujos y las comodidades. Mucho se ha escrito acerca del encuentro de Goethe y Beethoven con el emperador Francisco, y de cómo el escritor se inclinó reverente ante el monarca mientras el músico le demostraba su profundo desdén. Empero, casi no se comenta que el pensador alemán huyó a Italia, no movido por un desengaño amoroso, sino porque había fracasado su gran intento de reformar el principado de Weimar según los principios de la Ilustración (el movimiento avanzado de la época), ante la resistencia de la corte, de la burocracia y del duque Carlos Augusto.

Después de Werther, el escritor rescata una antigua leyenda germana, *El zorro Reinecke*, y la aprovecha para satirizar a los florecientes burgueses de su tiempo. Al escribir *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* se dedica a atacar abiertamente la mezquindad y la estrechez de su país, la división del trabajo en aquel capitalismo temprano y la ya desde entonces excesiva especialización del hombre, destinado a perder su personalidad, hiciera lo que hiciera.

El personaje de la novela goethiana concibe la nobleza y el dinero como medios para desplegar la personalidad humana, siempre dentro de la comunidad. "La sociedad es la suprema necesidad de todo hombre de valía", hace decir Goethe a Meister, y aunque no recusa la sociedad capitalista, rechaza todo aquello que la altere y perjudique al bienestar social, ya que para él todos los hombres componen la humanidad y sólo todas las fuerzas juntas forman el mundo.

Tales son los aspectos de Goethe que resalta Bujarin en la obra que se reseña. Con esa ponencia, "el mayor teórico del bolchevismo" (palabras de Lenin) participó en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, celebrado en Moscú en 1934, para proclamar al realismo socialista como "el método más creativo en el arte". A dicho congreso asistieron numerosos intelectuales (Malraux, Breton, Aragon, Nizan) que después se decepcionarían profundamente de los postulados soviéticos en el arte.

Como la actuación política de Bujarin no interesa para los fines de esta reseña, baste decir que colaboró con el gobierno de Lenin y compartió durante cuatro años el poder con Stalin. Fue uno de los primeros teóricos bolcheviques en entrever los peligros que para el arte representaba la concepción estrecha del realismo socialista. Como se afirma en la introducción de la obra, "advertía del peligro de que las directrices obligatorias señaladas por los dirigentes del Partido desde 1929 dieran por resultado 'la burocratización de los procesos creadores e hiciesen un mal servicio a todo el desarrollo del arte'."

Al igual que Trotsky, nuestro autor pensaba que no se debían desechar la cultura y el arte burgueses, sino derramarlos y generalizarlos durante la revolución socialista para

que, ya dentro del nuevo orden social, todo el mundo compariera y comprendiera las ideas de los grandes artistas.

En su discurso se advierte el profundo conocimiento que tenía Bujarin de la obra goethiana, pese a que se trata de un discurso y que, como tal, está plagado de calificativos y palabras rimbombantes, elementos casi obligados en la oratoria. No deja de ser curioso que, casi al mismo tiempo, Lukács escribiera en Hungría sus célebres ensayos sobre el autor de *Fausto*, y que se encuentren asombrosas similitudes en la concepción que de la obra goethiana tenían ambos pensadores.

Para Bujarin, en el *Fausto* se resumen “todas las filosofías, los tipos reales de la vida cotidiana, los representantes de las ideas mundiales en múltiples aspectos, los héroes de las diversas épocas, los elementos poderosos de la naturaleza, el juego total de las grandes corrientes del ser y del devenir... Lo patético de una inmensa transformación histórica, de una nueva sociedad que nace, de una nueva época, de nuevos ritmos de vida, se hace escuchar en los poemas geniales del artista, en la obra fecunda del sabio, en las pasiones dolorosas del hombre nuevo”. “Las más grandes obras literarias... no son abstracciones estereotipadas procedentes de la lógica formal, de las momias desecadas por un pensamiento escolar. Son las grandes enciclopedias de la época.”

Pensaba —al igual que Trotsky— que Shakespeare, Goethe, Pusckin y Dostoievski ayudarían al obrero a comprender la complicada personalidad humana y al mismo tiempo lo ayudarían a comprenderse y a enriquecerse interiormente.

El gran teórico bolchevique murió al lado de numerosas personalidades en 1937, víctimas de las famosas purgas stalinistas ocurridas entre 1935 y 1938, aunque antes logró dar cima a *Poesía, poetas y el problema de los poetas en la URSS*, su postrera creación literaria. *Graciela Phillips*.

LOS BEMOLES DE UNA VALIOSA APORTACION CUANTITATIVA

James W. Wilkie y Kenneth Ruddle (eds.), *Quantitative Latin American Studies. Methods and Findings*, Statistical Abstract of Latin America Supplement, núm. 6, UCLA Latin American Center Publications, Universidad de California, Los Angeles, 1977, 92 páginas.

James W. Wilkie (ed.), *Money and Politics in Latin America*, Statistical Abstract of Latin America Supplement, núm. 7, UCLA Latin American Center Publications, Universidad de California, Los Angeles, 1977, 92 páginas.

La serie de publicaciones de la cual forman parte los dos suplementos que se comentan constituye una aportación regular de la ciencia social estadounidense al estudio cuantitativo de los fenómenos socioeconómicos latinoamericanos. Los suplementos anteriores son números especiales que presentan datos sobre Cuba (su anuario estadístico de 1968) y sobre la política (*Latin American Political Statistics and Statistics and National Policy*), la urbanización (*Urbanization*

in 19th-Century Latin America) y la reforma agraria (*Measuring Land Reform*).

El número seis está compuesto de cinco artículos de distinta índole y calidad. En los dos primeros, sobre México, se trata, respectivamente, del empleo (1900-1970) y de los aspirantes a las gubernaturas de 20 estados de la Federación en los que hubo elecciones durante el sexenio de Echeverría.

Donald Keesing, economista académico al hacer su artículo y empleado del Banco Mundial, al publicarse, ha estudiado problemas de ocupación durante muchos años. Concluye que “el problema del empleo en México no parece ser tan serio como comúnmente se sostiene. El subempleo masivo puede identificarse sólo si se redefine el problema de los bajos ingresos como uno de empleo en una forma que no parece del todo legítima” (p. 19).

Su análisis cuantitativo muestra un permanente problema de desocupación en el país y una particular concentración del fenómeno entre las mujeres. En 1970, por ejemplo, la tasa abierta de desempleo entre ellas “era casi tres veces la de los hombres”.

Una de sus conclusiones más interesantes es la siguiente: “Al parecer, el problema del empleo en México ha sido, de muchas maneras, cuando menos tan grave en 1930 como en 1970... Parece haberse aligerado algo de 1940 a 1950 y luego empeorado un poco de 1950 a 1970” (p. 19).

Tras culpar a las estadísticas de su incapacidad para llegar a conclusiones más definitivas, termina su artículo expresando el deseo de que haya contribuido a mejorar nuestra comprensión de la situación del empleo, “que no es tan mala como a veces se dice ni tan halagadora como se desprende de un vistazo rápido de las cifras sobre el desempleo abierto”.

Para el que escribe, el análisis resulta engañoso. Si bien es cierto que son útiles las advertencias de Keesing respecto al examen detenido de las cifras, también es importante señalar los cambios estructurales de la sociedad mexicana durante el período. El subempleo tenía implicaciones sociales y económicas distintas en 1930 que en 1970 o 1980. El grado de autosuficiencia entre la población rural era superior en aquel entonces, y la parte de la población que podía mantenerse de esta manera era considerablemente mayor. Debido a las políticas de los últimos lustros, el país está menos capacitado para sostenerse con su propia producción, y esta situación se ha extendido a los grupos mayoritarios que se ven en desventaja frente a la modernización impuesta por los últimos regímenes presidenciales. Si bien es cierto que el problema del subempleo sigue siendo grave, este masajista de la estadística parece no haberse percatado de los cambios cualitativos relacionados con el fenómeno que examina.

En el segundo artículo, de Roderic Ai Camp, también académico, se analiza un aspecto del folklore (los perdedores en la política mexicana) con base en el estudio de los precandidatos del partido oficial para las gubernaturas estatales en el período 1970-1975. Camp concluye que el proceso todavía es un misterio. Las generalizaciones fáciles sobre el

poder presidencial para imponer su camarilla no resultan interesantes como explicaciones. El artículo parte de un estudio más extenso que recientemente apareció como libro y confirma la complejidad del proceso político mexicano, así como su renovada capacidad para tomar en cuenta los múltiples intereses de los diversos grupos dominantes, no sólo en el ámbito nacional sino también en los estados. Cabe preguntarse, sin embargo, si el proceso electoral es, como supone el autor, una expresión de los profundos conflictos que persisten y se agudizan en la sociedad mexicana. Los actuales intentos para lograr una reforma política y las profundas contradicciones provocadas por el modelo de desarrollo dominante, indican que el sistema político todavía está intentando encontrar una forma adecuada de gobernar en los sexenios venideros.

El tercer artículo, sobre la producción industrial cubana prerrevolucionaria, obliga a reexaminar los clichés sobre el estancamiento industrial en Cuba. Jorge Pérez-López, de la Oficina Federal de Estadísticas del Trabajo del Gobierno de Estados Unidos, presenta datos que muestran que la industria cubana experimentó un crecimiento moderado (5.7%) después de la segunda guerra mundial. El mismo tiene el cuidado de notar que este crecimiento no tenía por qué repercutir en una elevación del nivel de vida de los cubanos, ya que “las desigualdades de la distribución del ingreso, la corrupción en el gobierno nacional, la extracción de ganancias del país por empresas extranjeras y por ciudadanos cubanos, entre otros factores, impidieron que la población cubana participara...” (p. 60). Su trabajo es laborioso y aparentemente está hecho con cuidado; permite examinar con mayor detenimiento el proceso de desarrollo capitalista en el sector industrial que creó las condiciones propicias para la Revolución.

En los últimos dos artículos del número 6 se presentan sendos índices compuestos para examinar las “condiciones sociales” de América Latina y su grado de “democracia política”. Estos esfuerzos para elaborar índices compuestos constituyen parte de una labor sostenida por el profesor Wilkie, quien se hizo conocido con su muy criticado intento de formular un índice de la pobreza para México. En su empeño de crear un índice de la “condición social”, Wilkie pretende (con la ayuda de su ayudante y coautora Maj-Britt Nilsson) calcular “la brecha entre América Latina y los Estados Unidos para elementos particulares del índice” (p. 75). Su trabajo estadístico los lleva a afirmar que “en América Latina ha estado ocurriendo una revolución estructural que no tiene paralelo por sus proporciones en la historia de la región. La brecha social total disminuyó 19% de 1940 a 1950; 21% de 1950 a 1960, y casi 25% de 1960 a 1970... Con la rápida reducción de la brecha social... es obvio que no sólo aumentarán las aspiraciones de las masas, sino también su capacidad... El tiempo se acerca, entonces, de que los dictadores no puedan ya ser ‘presidentes vitalicios’ mediante una simple restricción de todas las formas de comunicación” (p. 84). Sin embargo, para los moradores de la región es de poco consuelo que, según los índices compuestos, haya mejorías: el subdesarrollo y la pobreza son todavía condiciones de vida cotidiana, y de tal gravedad y peso acumulados, que requieren cambios estructurales urgentes, tanto (y sobre todo) en la realidad como en los índices.

El volumen 7 de la serie de la Universidad de California trata de problemas de la formulación y ejercicio de presupuestos hacendarios en América Latina. Las contribuciones incluidas constituyen secuelas del trabajo del profesor Wilkie dedicado al mismo tema en México, ya publicado como libro por el Fondo de Cultura Económica.

En la introducción de este suplemento 7, Wilkie atribuye a W.W. Rostow un ímpetu importante en el desarrollo de esta línea de investigación que contribuye a entender cómo se formula la política nacional.

En la primera parte (presupuestación explícita), Enrique A. Baloyra presenta un estudio de caso de la Cuba prerrevolucionaria, tomando como puntos de referencia estudios sobre Venezuela y México. El autor muestra la importancia de los gastos del régimen de Batista en los renglones de defensa, educación y controles políticos. Insiste en la naturaleza idiosincrática de las decisiones presupuestarias y se muestra menos optimista que Wilkie respecto al uso de los estudios cuantitativos.

Al contrario, James Hanson, autor del estudio “Gastos federales y ‘personalismo’ en la Revolución mexicana ‘institucional’”, parece bastante dispuesto a entregarse a la suerte de los números. Su análisis lo lleva a concluir que existe una creciente tendencia hacia el control personal por parte del Presidente de la República, con una disminución correspondiente de restricciones institucionales. El período que estudia (1940-1970) termina con Díaz Ordaz, y su análisis lo lleva a preguntarse si la estabilidad política y los beneficios derivados de los puestos que se dan a los miembros del partido y a la clase media urbana seguirán teniendo tanto valor en los años venideros. Sus consideraciones sobre la continuidad del sistema parecen más extraídas directamente de los libros norteamericanos de texto (por ejemplo, Frank Brandenburg) que él cita con frecuencia, y menos de la complejidad de las luchas por el poder y de los distintos intentos de organización de los grupos empresariales, obreros y campesinos que caracterizan a México hoy en día.

El último estudio de este suplemento forma en exclusiva la segunda parte (Presupuestación implícita). Se refiere al financiamiento del desarrollo industrial en Argentina después del primer período de Perón. Su autor, David K. Eiteman, profesor de finanzas, presenta datos detallados sobre la estructura de la industria de transformación y sus mecanismos de financiamiento durante 1955-1967. Su análisis financiero de este período inflacionario muestra cómo las políticas monetarias obligaron a las empresas estudiadas a recurrir a fuentes extrabancarias para solventar sus necesidades. Su manejo de la información es hábil y demuestra “la capacidad del empresario para sobrevivir, a pesar de la maraña del gobierno”, como dice Wilkie en su introducción.

En conjunto, estos trabajos constituyen una aportación a los estudios cuantitativos sobre América Latina y muestran las posibilidades y las limitaciones de esta manera de analizar la realidad social. Desde luego, conviene que los estudiantes de los temas abarcados en los ocho estudios incluidos en los dos volúmenes comentados aquí, consideren críticamente sus enfoques y aprovechen la valiosa labor cuantitativa en la preparación de nuevos trabajos. *David Barkin R.*

obras recibidas

- Roberto Alvarez Quiñones
1916: ocupación yanqui de la República Dominicana, Casa de las Américas, La Habana, 1978, 59 páginas.
- Bela Balassa
La reforma de las políticas económicas en los países en desarrollo, trad. del inglés de Daniel Viéitez, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), México, 1979, VIII + 269 páginas.
- Banco Central del Ecuador
Cincuentenario del Banco Central del Ecuador. Memoria 1977, Quito, 1979, XVIII, 222, 140 y XXVI páginas.
- Behrang
Irán, un eslabón débil del equilibrio mundial, Siglo XXI Editores, México, 1979, 320 páginas.
- Comisión de los Salarios Mínimos
Memoria de los trabajos, 1974-1975, México, 1978, 112 páginas + 4 cuadros.
- Coordinación General del Sistema Nacional de Información, Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP)
Anuario estadístico del comercio exterior de los Estados Unidos Mexicanos, 1977, SPP, México, 1979, LXVIII + 657 páginas.
- X censo industrial, 1976. Datos de 1975. Empresas de participación estatal y organismos descentralizados*, SPP, México, 1979, 171 páginas.
- La distribución del ingreso y el gasto familiar en México*, SPP, México, 1979, 49 páginas.
- La matriz de insumo-producto como instrumento de análisis y programación económica*, SPP, México, 1979, 49 páginas.
- Santiago Coscia
Comercio exterior siderúrgico, Departamento de Estudios Económicos Sectoriales, Banco Nacional de Desarrollo, Buenos Aires, 1978, 55 páginas.
- Gerard-Pierre Charles
Haití: la crisis ininterrumpida, 1930-1975, cuadernos Casa, núm. 19, Casa de las Américas, La Habana, 1978, 84 páginas.
- Dirección General de Economía Agrícola
Anuario estadístico de la producción agrícola de los Estados Unidos Mexicanos, 1977, Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, México, 1979, 291 páginas.
- Facultad de Economía, Universidad Autónoma de Nuevo León
Ensayos, vol. I, núm. 1, 2a. época, Monterrey, N.L., México, enero de 1979, 102 páginas.
- Celso Furtado
Creatividad y dependencia, trad. del portugués de Martí Soler, Siglo XXI Editores, México, 1979, 229 páginas.
- Joseph Gold
Aspectos legales de la reforma monetaria internacional, CEMLA, México, 1979, VIII + 221 páginas.
- Henryk Grossmann
La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista. Una teoría de la crisis, introducción y edición de Jorge Tula, Siglo XXI Editores, México, 1979, XLVIII + 406 páginas.
- André Gunder Frank
Acumulación dependiente y subdesarrollo, trad. del inglés de Isabel Freire y de José Montes, Ediciones Era, México, 1979, 232 páginas.
- José Ingenieros
Antimperialismo y nación, introducción, compilación y notas de Oscar Terán, Siglo XXI Editores, México, 1979, 529 páginas.
- Ian M.D. Little y James A. Mirrlees
Estudio social del costo-beneficio en la industria de países en desarrollo. Manual de evaluación de proyectos, CEMLA, México, 1979, XII + 375 páginas.
- Oscar Muñoz Gomá
Desarrollo, distribución del ingreso y democratización, col. Estudios, núm. 32, Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica, Santiago, 1979, 47 páginas.
- Nicos Poulantzas
Estado, poder y socialismo, trad. del francés de Fernando Claudín, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1979, VI + 326 páginas.
- María A. Rovella y Walter Romero
Análisis microeconómico de las funciones de producción y costos, cuaderno 80, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República, Montevideo, 1979, 123 páginas.
- Oscar P. Sperling y Santiago Coscia
Industria siderúrgica. Mercado de acero crudo, Departamento de Estudios Económicos Sectoriales, Banco Nacional de Desarrollo, Buenos Aires, 1977, 57 páginas.
- Varios autores
Vinculación entre las políticas fiscal y monetaria. Avances y experiencias recientes, CEMLA, México, 1979, XII + 193 páginas. □